

[< volver al índice de la serie](#)[< volver a elmundosalud.elmundo.es](#)

Una serie de ocho artículos, publicada originalmente en The Village Voice y galardonada con el premio Pulitzer 2000 al mejor reportaje internacional

SIDA la agonía de Africa

por MARK SCHOOF

parte 7 Suráfrica actúa

parte 1
el virus alumbró una generación de huérfanos

parte 2
historia de dos hermanos

parte 3
Africa responde

parte 4
el virus pasado y futuro

parte 5
muerte y segundo sexo

parte 6
poner fin a la epidemia

parte 7
Suráfrica actúa

parte 8
tratar el sida sin dinero

[pág. 3](#)

[pág. 2](#)

[pág. 1](#)

Para entender el apartheid no hay que ir a KwaMashu ni a Soweto, sino descender en un ascensor hasta las vetas de las minas de la región de Witwatersrand, unas franjas de sedimento formadas hace millones de años por las lluvias prehistóricas. Es difícil ver el oro, pero ahí está, toneladas esparcidas por las vetas en partículas microscópicas. He aquí el simple hecho geológico que más ha influido para moldear la Suráfrica moderna. Cada tonelada de tierra de Witwatersrand sólo produce un par de onzas de oro, y los depósitos más ricos se encuentran enterrados bajo millones de toneladas de capas de tierra recientes. Por tanto, las minas de Suráfrica, a diferencia de las de cualquier otra parte del mundo, se hunden hasta cinco kilómetros en las entrañas de la tierra, y los mineros han de enviar hacia arriba cantidades colosales de sedimento para obtener pequeñas cantidades del preciado metal. Si las minas no contaran con mano de obra extremadamente barata, sería imposible que produjeran beneficios.

Pero hace mucho que el oro es la principal fuente de ingreso de Suráfrica. Por ejemplo, de la mina de West Driefostein, en Carlstonville, se han extraído más de 4,6 millones de libras de oro. La empresa ha proporcionado una vivienda espléndida al administrador de la mina; una mansión con cuidados jardines, rodeada de rejas. Los mineros también viven en casas que les proporciona la empresa. La típica residencia de mineros consta de una sola habitación de unos 35 metros cuadrados, donde se encuentran apretujadas unas pequeñas taquillas como las del gimnasio de un colegio y literas para 14 trabajadores. Los hombres que viven en esta habitación provienen del sur de África, y están casados. Pero sus esposas permanecen en las aldeas. Los mineros ven a su familia únicamente cada dos o tres meses y, por lo general, sólo unos días.

Este sistema fue creado hace casi un siglo en las minas de oro y diamantes. Los mineros africanos eran concentrados en reservas y forzados a trabajar bajo un duro régimen de contribuciones por vivienda. Las empresas pagaban a los caciques de las tribus para que les proporcionaran hombres, sólo hombres. Facilitar viviendas para toda la familia resultaba muy costoso, y si permitían que los trabajadores se asentaran en los pueblos mineros estos podían organizarse y presionar a la empresa. Por tanto, los trabajadores fueron alojados en barracones para hombres, llamados albergues, muy parecidos a los que aún hay en West Driefostein (revisar nombre, ilegible).

El apartheid, un entramado de alrededor de 100 leyes relacionadas entre sí, fundamentalmente llevó a todo el ámbito nacional el sistema creado por la industria minera, que en su época de mayor apogeo, empleaba a la quinta parte de la población adulta surafricana. Las aborrecidas leyes que restringían la libertad de movimiento de los negros surgieron de unas normas empresariales destinadas a limitar los desplazamientos de los trabajadores de sus viviendas a las minas. En los años ochenta el Gobierno forzó a unos 3 millones de surafricanos a asentarse en reservas de tierras estériles que llamaron Bantustans, un término orwelliano cuyo

objetivo era apoyar la farsa de que se trataban de naciones independientes.

Los negros que tenían la fortuna de conseguir un empleo en las ciudades se veían obligados a vivir en los poblados del exterior. Al principio podían vivir con sus familias. Pero esto cambió en 1964 con la enmienda de las leyes bantu, en virtud de la cual todos los nuevos trabajadores debían alojarse en los poblados, pero en albergues sólo para hombres. El modelo de las empresas mineras se había convertido en política nacional, y los resultados fueron desastrosos.

"Yo vivía cerca de un albergue de Soweto y a menudo me llamaban para atender a algún herido de bala o a personas que habían sido apuñaladas", recuerda Nihalo Mollana. "Era horrible el hedor de esos lugares. Eran asquerosos. Los albergues generaban delincuencia, pero ahí no acababa la cosa. Los niños no tenían disciplina, porque sus padres estaban ausentes. Esto dio lugar a muchos abusos".

También dio lugar a la eclosión del sida. Suráfrica es uno de los países donde más rápido crece la epidemia del sida y muchos investigadores creen que el sistema de trabajo itinerante es uno de los factores que contribuyen al aumento del contagio. "Si uno quisiera propagar una enfermedad de transmisión sexual, bastaría con separar a miles de hombres jóvenes de sus familias, concentrarlos en viviendas de varones, proporcionarles alcohol y prostitutas", sostiene Mark Lurie, investigador surafricano que ha estudiado el efecto del trabajo itinerante en la incidencia del sida. "Luego, a fin de propagar la enfermedad por todo el país, habría que enviarlos de vuelta a casa de vez en cuando para que vieran a sus mujeres y compañeras. Y éste es, en el fondo, el sistema de trabajo que hay en Suráfrica".

En Carletonville, Yodwa Mzaldume trabaja con los cientos de prostitutas que viven en improvisados campamentos de ocupas cerca de los albergues mineros. Mzaldume les enseña a utilizar preservativos, pero es difícil hacer más. "Por ejemplo, en Lesuport", dice, refiriéndose a uno de los campamentos de ocupas, "la gente no tiene retretes ni agua corriente. Si alguien se acerca para hablarles de activismo político lo primero que le preguntan es: "¿Qué gano yo con eso"?"

El sistema itinerante de trabajo dio lugar a la eclosión del sida

En Estados Unidos el grito de batalla de los activistas era muy simple: "Más medicamentos". Pero en Suráfrica, los problemas son mucho más complejos. Mzaldume menciona algunos:

"trabajo itinerante, falta de vivienda, desempleo, delincuencia. ¿Qué hacemos al respecto? ¿Qué podemos hacer?". El trabajo itinerante, explica, está tan arraigado en Suráfrica que incluso los mineros prefieren que sus familias no vivan con ellos. Dicen: ¿Quién cuidaría de mis vacas en mi pueblo?".

Mzaldume no piensa demasiado en el pasado de Suráfrica porque lo que está propagando el sida, según dice en broma, "es el contacto sexual entre personas, no con el apartheid". Pero, al reflexionar sobre la tasa oficial de desempleo, superior al 30 por ciento aunque en realidad debe de ser mucho más alta, sostiene: "Los jóvenes tienen mucha rabia. Me dicen: "Sí, estamos en una Suráfrica democrática, pero aún vivimos en el apartheid".

Como consecuencia, la gente está furiosa. Njoko, la activista que se crió en KwaMashu, explica: "Me ven y se preguntan cómo es que siendo seropositiva tengo buena salud. Existe el peligro de que me hagan daño, o de que me maten. Pero si uno examina a fondo la situación del poblado, descubre que en él hay personas que llevan diez años sin empleo". Algunos hombres incluso descargan su furia infectando a otros. "Dicen que no quieren morir solos, que van a arrastrar a otra persona a la muerte con ellos. No lo apruebo, pero lo cierto es que no hay esperanzas en este lugar para un enfermo de sida. Están condenados a morir".

Zackle Achmat es uno de los artífices de "Treatment Action Campaign". También luchó contra el apartheid como organizador de manifestaciones estudiantiles, por lo que fue encarcelado. Aunque entre sus antepasados hay mezcla racial, él se considera negro, por solidaridad. Achmat es también líder del creciente movimiento gay y de lesbianas de Suráfrica y, gracias a sus contactos internacionales, podría

obtener los medicamentos más avanzados para tratarse su enfermedad. Sin embargo, ha declarado públicamente que no tomará ningún fármaco al que no puedan acceder todos los surafricanos.

Por tanto, esta primavera, cuando habló durante una reunión en la que estaba presente Zuma, la entonces ministra de Sanidad, nadie dudó de su credibilidad. Achmat le mencionó su larga participación en el ANC, le señaló que el movimiento contra el sida apoyaba su oposición al elevado precio de los medicamentos, y le pidió una reunión. Para sorpresa de muchos activistas, Zulma se la concedió. Y tras la reunión anunció que cambiaría su política y apoyaría el plan de administrar AZT a las mujeres embarazadas.

Fue una victoria sorprendente, y allanó el camino para lograr mayores progresos, particularmente en materia de precios de medicamentos. Fue Zulma quien apoyó una ley que permitía al Gobierno surafricano evitar el pago de patentes farmacéuticas comerciales y así obtener medicinas de primera necesidad a bajo costo, como por ejemplo medicamentos genéricos. De esta manera Suráfrica se convirtió en modelo de una sonada batalla lanzada por los activistas y organizaciones occidentales contra el sida, como Médecins San Frontiers, ganadora del Nobel, con el fin de hacer más flexibles las condiciones de las patentes y las restricciones comerciales, responsables del elevado precio de ciertos fármacos de vital importancia. Y en esta lucha los activistas contra el sida y el Gobierno de Suráfrica pelearon en el mismo bando.

Pero este otoño, el presidente Mbeki consternó a las organizaciones de lucha contra el sida al declarar: "Existe un gran número de estudios científicos que afirman, entre otras cosas, que, debido a su alta toxicidad, este fármaco es un peligro para la salud". Poco le importaba al presidente que el AZT hubiese sido examinado en docenas de ensayos clínicos realizados en varias partes del mundo, que sus beneficios superasen los efectos secundarios, y que países como Alemania y Estados Unidos, donde existe una legislación muy estricta en materia de medicamentos, hubieran autorizado el AZT para el tratamiento del sida. De hecho, en un estudio realizado en Suráfrica con mujeres embarazadas, la combinación de AZT con otros medicamentos no produjo más efectos secundarios que el placebo administrado al grupo de control. Luego, ¿de dónde sacó la persona más poderosa de África la idea de que el AZT es peligroso?

De la Red, aseguró una de sus portavoces, Tesneem Carrim, en unas declaraciones al "Sunday Independent" de Johannesburgo. La oficina de Mbeki lo niega, pero las declaraciones de Carrim parecen verdaderas. "El presidente se conecta con frecuencia a Internet", declaró Carrim al periódico. Los activistas esperaban que Manto Tshabalala-Msimang, la nueva ministra de Sanidad, corrigiera a Mbeki, pero para sorpresa de todos, lo ha apoyado incondicionalmente.

En los poblados de Carletonville, la incidencia de HIV entre mujeres de 25 años asciende a un alarmante 60 por ciento. La mayoría de estas mujeres probablemente tendrán hijos. "¿Por qué no se va a hacer todo lo posible para que tengan bebés sin HIV?", se pregunta Mzaldume. A lo que contesta con amargura: "Por más presentaciones que hagan los médicos, si los políticos no quieren apoyar el programa, no saldrá adelante". Mbeki no contestó a las llamadas del Voice solicitándole una entrevista.

Dado que existen muy pocas pruebas médicas que apoyen las afirmaciones de Mbeki contra el AZT, muchos surafricanos se preguntan qué motivos pudo tener para hacer estas declaraciones. Quizá el haber luchado durante tantos años contra el apartheid le hace desconfiar de las poderosas compañías farmacéuticas, en manos de empresarios blancos; quizá también lo hayan convertido en una persona muy testaruda, incapaz de reconocer sus errores. Sin embargo, como Mbeki es experto en economía, ha habido muchas conjeturas sobre posibles motivaciones financieras.

La creencia popular de que el régimen del apartheid fue derrocado por el ANC es sólo parcialmente cierta. En el momento de la transición la economía de Suráfrica estaba en ruinas. Mientras la industria necesitaba únicamente mano de obra no cualificada, los trabajadores podían ser considerados personal totalmente prescindible. Pero conforme los avances tecnológicos comenzaron a exigir personal cualificado y estable, el sistema de trabajo itinerante del apartheid comenzó a pasar factura, así como la política de dar a los negros sólo una formación rudimentaria. "Si esos estúpidos hubiesen formado a tan sólo 100 ingenieros negros al año", decía Aggrey Klassie, editor del periódico Sowetan, "este país estaría ahora en una situación extraordinaria".

[anterior página](#)

[siguiente página](#)

[volver arriba](#)

[< volver al índice de la serie](#)